

cielo ricamente adornada en compañía de su divino Esposo. El Espíritu Santo abrió las doce puertas que dan entrada a esta ciudad sacramental, á cuya habitacion son llamadas todas las naciones del mundo; y con el fuego de su amor purificó el oro de que están sus muros contruidos. La multiplicidad de formas, que San Pablo atribuye á la gracia del Espíritu Santo y son las que adornan la Iglesia de una rica variedad de dones y virtudes; las que constituyen el precio y el diferente resplandor de las piedras preciosas que componen sus fundamentos. La luz de este divino Espíritu hace resplandecer de dia y noche la lámpara del Cordero que ilumina el mundo con sus rayos, y la que forma, como dice San Pedro, la casa espiritual, el templo santo del Señor, que subsistirá hasta el fin de los siglos sobre esta tierra. A poca distancia de este templo Pero hablemos ya sin figura. El Espíritu Santo anima á toda la Igle-

sia; y como descendió en otro tiempo sobre los Apóstoles, para que fuesen columnas firmes del augusto templo de la Iglesia universal; descendió á uno invisiblemente sobre los cristianos; para que sean otros tantos templos particulares que quiere consagrar con su presencia. De este descenso invisible del Espíritu Santo sobre las almas pretendo hablaros en esta hora. La materia es de sumo interes. Mas para entrar en el fondo del misterio con algun orden y la brevedad posible, considero por ahora únicamente dos suertes de cristianos: unos que por sus fervoroso amor y caridad atraen sobre sí una mas abundante efusion del Espíritu Santo; otros que después de haberle perdido por la culpa, lo recobran por una verdadera conversión. En dos palabras: el Espíritu Santo aumenta en su descenso la santidad de los justos que perseveran en su gracia: el Espíritu Santo obra la con-

version de los pecadores que son fieles
á los movimientos de su gracia. Dos
breves reflexiones, que dividen jus-
tamente el discurso, dignas de esta
cátedra, de vuestra atención y de
mis débiles conatos. Pidamos todos la
asistencia de este divino Espíritu por
la poderosa intercesion de María san-
tísima. Saludémosla humildes con el
ángel. *Ave María.*

Cum complerentur &c.

Nada mas frecuente en las santas
escrituras que expresiones figuradas,
en que los hombres son llamados tem-
plos del Espíritu Santo. Yo pondré
mi tabernáculo en medio de vosotros,
dice Dios en el Levítico. El templo
del Señor, dice S. Pablo, está dentro
de nosotros. ¿ Ignorais, añade, que
sois el templo de Dios, y que habita
en vosotros el Espíritu de Dios?

¿ Qué templo en efecto mas santo
que un alma en gracia? Como el
Espíritu Santo es el principio y ori-
gen de la santificación del hombre,
la fuente de donde descienden todos
los dones y gracias que adornan y
perfeccionan el alma, es fácil con-
cebir, que la efusion de este divino
Espíritu es la que forma el templo
espiritual, en que reside la plenitud
de la Divinidad. En confirmacion de
esta verdad dixo el príncipe de los
Apóstoles: si fuéreis injuriados en
nombre de Cristo, seréis bienaven-
turados, porque el honor, la gloria
y virtud de Dios, como asimismo su
Divino Espíritu, descansa sobre vo-
sotros.

Mas aunque este templo espiritual
subsista siempre en nosotros mien-
tras perseveramos en gracia, ¿ quién
ignora que hay tiempos particulares
en que el Señor se complace adornar
estos templos vivos con una mayor
efusion de sus dones? En efecto, co-

mo el Espíritu Santo eligió este gran día para descender sobre sus Apóstoles de un modo tan brillante y singular, pueden decirse que renueva anualmente el misterio de su descenso sobre los justos; y que nosotros celebramos hoy la dedicación de este templo sagrado que llevamos en nuestro interior; porque así como el templo de Salomón fué consagrado por aquel fuego celestial que los israelitas vieron descender sobre la casa del Señor, así la primera consagración de los templos vivos de los fieles se hizo por el descenso de estas lenguas de fuego sobre la cabeza de los Apóstoles, cuya memoria, acompañada de las gracias de este Divino Espíritu, se celebra hoy en la Iglesia con la mayor alegría.

No es pues una visita pasajera la que nos hace. Establece, dice San Agustín, una morada fija y un domicilio permanente dentro de nosotros. Ni se contenta, añade este pa-

dre, con derramar sobre nuestras almas el precioso perfume de su gracia: quiebra, para decirlo así, el vaso que contiene este sagrado bálsamo, para que todas las cosas donde espiritualmente habita queden santificadas. Es pues en esta ocasión cuando las plantas de la casa del Señor deben florecer; cuando los muros de Jerusalén deben ser edificados de piedras preciosas; cuando las almas justas deben hacer progreso en la virtud. Hoy es cuando la alegría, la caridad y la paz, frutos preciosos del Espíritu Santo, se multiplican; cuando las tres Personas de la adorable Trinidad toman una nueva posesión de nuestras almas; cuando los santos son santificados más; cuando el reyno de Dios, que está dentro de nosotros, recibe aumento de fortaleza, de riqueza y de gloria.

Esta efusión del Espíritu Santo se obra sobre los justos por un aumento de luces en el entendimiento,

y una renovacion de fervor en la voluntad. El Espíritu que yo os enviaré, decía Jesucristo á sus discípulos, os dará testimonio de mí. Este Espíritu de luz correrá el velo de vuestros ojos, y os revelará las maravillas de mi ley. Os representará esta religion apoyada sobre una infinidad de testigos, que son garantes infalibles de la verdad; sobre el testimonio, digo, de millones de mártires que han derramado hasta la última gota de sangre en su defensa; sobre las luces de una infinidad de doctores, que en sus escritos han hecho mas brillante la verdad que el sol de medio dia; sobre el exemplo de una innumerable multitud de vírgenes, confesores y anacoretas que han vivido entre las mayores austeridades, por merecer las recompensas eternas; sobre estos libros sagrados, para decirlo de una vez, depósito de la verdad y de las voluntades del Eterno. El Espíritu de ver-

dad que Yo os enviaré, dice Jesucristo, os enseñará todas las cosas. En la cruz, tan ignominiosa en apariencia, os hará ver un trono mas brillante que el de Salomon en toda su gloria. Os representará encadenados los demonios, vencida la muerte, abiertas las puertas del cielo, y rotas las cadenas que aprisionaban el pecador.

Vosotros no ignorais, señores, las mutaciones maravillosas que este Divino Espíritu obró en aquellas almas felices que su providencia habia escogido desde la eternidad para columnas de su Iglesia. Hablo de los Apóstoles, tan tímidos, que desde la muerte de su Maestro no osaban presentarse delante de los que lo habian crucificado, para reprehenderlos por su horrible deicidio. Mas apenas descende sobre ellos el Espíritu Santo; qué intrepidez, qué valor no les infunde! Sabed, dice el Príncipe de los Apóstoles á los

escribas, fariseos y doctores de la ley, sabed que el Dios de nuestros padres, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob ha glorificado á su Unigénito. Este mismo Jesus, que vosotros entregasteis en manos de Pilatos, haciéndole firmar la sentencia de muerte, que él mismo rehusaba, por conocer su inocencia; este Jesus, respecto del cual preferisteis á un malvado homicida; este Jesus, á quien hicisteis morir vergonzosamente, sin atender á que era verdadero justo y autor de la vida; éste es el que Dios ha resucitado, y nosotros somos de ello testigos.

Así habla aquel apóstol que poco antes temblaba á la voz de una criada. ¡Qué maravilla no causa ver hoy á este hombre, que apenas ha dexado las redes y la barca, empezar las funciones de su apostolado de un modo tan prodigioso! Elevado en un momento sobre la baxeza de su oficio, sobre la obscuridad de su na-

cimiento, y grosería de su lenguaje, enseña los más altos misterios de la religion á los doctores de la ley, á los pontífices de Jerusalén. ¡Qué vergonzosa confusion para los sabios segun la carne! ¡Qué diriais vosotros, filósofos arrogantes, si hubierais visto la conversion de tres mil almas en el primer sermón de este apóstol? ¿Cuál seria, señores, vuestra admiracion, si transportados en espíritu á Jerusalén, hubieseis visto á estos discípulos, tan tímidos poco antes, encendidos en este momento en aquel sagrado fuego que les comunicó el Espíritu Santo, pasar del cenáculo á las calles y plazas públicas, predicar el Evangelio, y anunciar en todas lenguas la Divinidad de Jesucristo?

¿Y terminó en Jerusalén su ministerio? ¿No pasaron bien presto á todas las extremidades del mundo, para encender por todas partes el fuego que los abrasaba? Los tribu-

nales del universo, los teatros, las cárceles; no fueron bien presto santificados por su predicacion, por sus cadenas, por su martirio? *In omnem terram exivit sonus eorum, et in fines orbis terræ verba eorum.* S. Agustin los contempla como antorchas animadas y estrellas inteligentes, que habiendo recibido las luces de la fe en su mismo origen, salen á llevarlas hasta los climas mas remotos y desconocidos. La sabiduría de Dios dispuso que el nacimiento de su Iglesia fuese acompañado de tan grandes prodigios, para que los caractéres de su dedo divino, impresos visiblemente sobre los fundamentos de su religion, permaneciesen indelebles hasta el fin de los siglos. Elige pues la debilidad, para abatir la fuerza, trastorna el imperio del demonio con la cruz: postra al dragon infernal con las manos clavadas; y dispone que unos hombres rudos, y aun bárbaros, segun la expresion del Crisóstomo,

destruyan la idolatría, confundan el orgullo de los sabios y prudentes segun la carne, y exálten la gloria del Crucificado.

Si, señores, el Dios que se sirvió de un debil pastor para postrar al soberbio Goliat, que insultaba al pueblo de Israel; el que hizo descender de la montaña aquella pequeña piedra que echó por tierra la estatua de Nabuco; el que encerró en los cabellos la invencible fuerza de Sanson; el que al sonido en fin de las trompetas trastornó en un momento los muros de Jericó, este mismo hizo descender en este dia su Divino Espíritu sobre el colegio Apostólico, para que destruyesen el culto del demonio, y estableciesen el de Jesucristo. Los milagros, el don de lenguas, las señales visibles que acompañaron este descenso del Espíritu Santo, fueron, dice S. Gregorio, como una lluvia ó rocío fecundo con que la eterna Sabiduría regó este

frondoso árbol de la Iglesia, cuyas ramas se extienden desde el oriente al occidente, desde el aquilon al medio dia. Mas luego que arrojó profundas raíces, y las aves del cielo anidaron entre sus ramas; es decir, cuando los emperadores, los reyes y los mayores sabios abrazaron la fe de Jesucristo, suspendió la providencia el curso de estas gracias visibles y extraordinarias, contentándose con suscitar de cuando en cuando nuevos Constantinos, Teodosios y Fernandos que celen el honor de la Iglesia, contra la cual jamas valecerán las puertas del infierno; porque el Espíritu Santo que la dirige y la sostiene, no solo descende sobre ella, aumentando la santidad de los justos, sino tambien obrando la conversion de los pecadores: segunda reflexion, que paso á demostraros con la posible brevedad. o. m. b. c.
no II. No es, señores, la estructura de los templos, ni el aparato ex-

terior quien los hace venerables. La santidad de Dios, que llena al universo por su inmensidad, es la que consagra estas santas casas por una mas íntima presencia. El lugar donde Jacob reposó, y donde vió aquella escala misteriosa por donde subian y baxaban los ángeles; este lugar, digo, aunque desnudo de toda magnificencia, no dexaba por eso de ser un lugar terrible, la casa de Dios y la puerta del cielo. Las piedras que erigian los Patriarcas en testimonio de los beneficios del Señor, y como un monumento de su piedad y gratitud, eran templos que la Magestad de Dios se habia dignado consagrar, ó por apariciones maravillosas, ó por visiones proféticas.

¿Qué diremos pues del hombre, criado á imagen de Dios, redimido con la sangre de su Unigénito, nutrido con su Carne, santificado por su gracia? ¿No deberá ser un templo mas digno del Señor, que los

construidos por mano de los hombres? El mas santo de estos templos fué sin duda Jesucristo. Él mismo tomó este bello nombre quando dixo hablando de su resurreccion, que destruiria el templo de su Cuerpo, y que lo reedificaria dentro de tercero dia. Ademas, todos los justos que participan por medio de la gracia de la uncion de la Divinidad, ¿ no son templos de Dios en su interior? Oid á S. Pablo. ¿ Ignorais, dice á los fieles de Corinto, ignorais que sois templo de Dios, y que habita en vosotros el Espiritu Santo? Si tuviérais una fe viva, descubririais las bellezas de un alma en gracia, y los secretos atractivos que arrebatan el corazon de su celestial Esposo. Veriais estas ocultas riquezas de la hija de Sion, que saca de su interior toda su gloria: conoceriais la razon porqué el Señor mira como sus delicias habitar entre los hijos de los hombres; y mirariais con el

mayor horror al pecado, que es únicamente el que os puede privar de tanta felicidad; y para decirlo de una vez, prefeririais con el Profeta ser los últimos en la casa del Señor á ocupar las primeras sillas en los tabernáculos de los pecadores.

Mas á proporcion que un alma justa presenta un tan bello espectáculo á los ojos de la fe, nada hay mas odioso que un alma desfigurada por la culpa. Jeremías nos la representa negra como el carbon: *Denigrata est sicut carbones*. Extinguido en ella el fuego del amor y de la caridad, nada hay mas horrible, nada mas tenebroso. Es un templo profanado, arruinado, negro por los humos del fuego infernal de la concupiscencia y del incienso sacrilego que en él se ha quemado al ídolo Dagon.

Traed, os ruego, á la memoria la triste y deplorable descripcion que hace el Espiritu Santo de la profanacion del templo de Jerusalén en el

libro primero de los Macabeos. Despojado el tabernáculo de sus adornos, y cubierto de inmundicias; los tesoros y los vasos sagrados abandonados al pillage; interrumpidos los sacrificios, y un ídolo exécrable colocado sobre las alas de los querubines; la sangre de los sacerdotes y de los levítas derramada en lugar de víctimas; todo en fin entregado á la avaricia y á la impiedad de Antíoco. ¡Qué triste, pero que natural pintura de un alma manchada por la culpa!

¡Ah! si en el momento que aqui hablo nos mostrára Dios las abominaciones de su pueblo, como en otro tiempo al profeta Ezequiél, ¡qué multitud de reptiles y animales inmundos, figuras de las pasiones dominantes, no veriamos ocupar en los corazones el lugar que debia habitar solamente el Señor! ¡qué de clavos de la fortuna, que vueltos de espaldas al altar, no reconocen mas

Divinidad que la ambicion y las riquezas! Veriamos una idolatría abominable derramada sobre la faz de la tierra, y al mundo substituyendo el lugar de Dios.

Tal era, señores, el universo cuando el Espíritu Santo descendió á purificarlo. Casi todos los hombres eran templos manchados por la culpa. La carne toda, no menos que en tiempo de Noé, habia corrompido sus sendas, y Dios la hubiera destruido, si la Sangre del inocente Abél, que acababa de morir sobre la cruz, no hubiese clamado *miseriordia* á favor de tanto delincuente. La Sangre adorable de Jesucristo habia ya arrojado el germen de conversion en el corazon de muchos judios. Los testigos de los prodigios que acompañaron su muerte, cuando se retiraron del calvario se daban golpes en el pecho, confesando que era verdadero hijo de Dios.

Mas estos primeros momentos de

compuncion no hubieran tenido consecuencia, si el Espíritu Santo, á quien S. Agustin llama *Vicario de Jesucristo*, no hubiese acabado su obra. Cuando oyeron pues predicar su Divinidad y su Resurreccion, la gracia del Espíritu Santo hizo nacer prontamente frutos dignos de penitencia de la simiente que la Sangre del Salvador habia arrojado. ¿Qué harémos, dicen á S. Pedro, para expiar nuestra culpa? Siete mil conversiones fueron el fruto de los dos primeros discursos de este Apóstol. El nombre de Jesucristo resucitado resuena por todas partes: los oráculos de su Evangelio son públicamente anunciados en el templo, donde los sacerdotes y pontífices conjuraron contra su vida. El rebaño primitivo de los cristianos se multiplica diariamente, y el sepulcro de la Sinagoga viene á ser bien presto la primera silla de la Iglesia. No obstante, la virtud de la San-

gre de Jesucristo no obraba aún sino en Jerusalén, donde habia sido derramada. Los Apóstoles, estas nubes misteriosas que vió Isaías destinadas á derramar sobre todos los pueblos un rocío divino y saludable, con arreglo á lo dispuesto por su Maestro, trabajaban al principio en congregar las ovejas dispersas de Israel. Mas el Espíritu Santo, como un viento favorable y vehemente, llevará bien presto estas nubes por todo el mundo, para derramar, como dice S. Pedro, la lluvia fecunda de la Sangre del Salvador: *In aspersionem Sanguinis Jesu Christi*: bien presto hará que se resuelvan en copiosas aguas, que conducidas por los torrentes de la predicacion, inundarán toda la tierra: *Flabit spiritus ejus, et fluent aque*: bien presto suscitará entre otros, un Apóstol de las naciones, que de las mismas piedras hará salir hijos de Abraham, y congregará los dispersos de Israel.

¡Que no pueda yo, señores, detenerme á tratar con extension de las operaciones del Espíritu Santo en la conversion de este grande Apóstol, obra maravillosa de la gracia, y su mas fiel obrero! Baste decir, que el Espíritu Divino lo convirtió en un momento de león en cordero, de perseguidor de la Iglesia en vaso de eleccion, destinado por la Providencia á llevar el nombre de Jesucristo ante los príncipes y reyes de la tierra. Él corrió con pasos de gigante por casi todo el mundo habitado. Hasta nuestra España fué santificada por sus plantas, é iluminada por su predicacion. Esta nube misteriosa y benéfica difundía por todas partes la lluvia de la celestial doctrina del Evangelio, plantaba iglesias, y el Espíritu Santo daba incremento á estas nuevas plantas, que dieron bien presto copiosos y dignos frutos de penitencia.

Asi lo testifica el mismo Apóstol;

y S. Cipriano observa, que el Divino Espíritu apareció siempre baxo símbolos análogos á las operaciones de la gracia, en la conversion de los pecadores. Ya aparece sostenido sobre las aguas, porque lava las manchas del pecado con las lágrimas de la contricion; ya en forma de fuego, porque purifica las almas por el ardor de la caridad; ya baxo el símbolo de paloma, para denotar, que eleva las almas apoyadas en las alas de la fe, sobre los sentidos y afecciones terrenas. Esta paloma, dice San Agustin, es la que gime y suspira en las almas penitentes. ¿Cómo en efecto podrian ellas gemir, si la gracia del Espíritu Santo no les comunicase lágrimas que desarmasen la justicia del Padre?

¡Felices palomas las que entraren hoy en el arca con el ramo de oliva, llevando en su pico y en su corazon señales verdaderas de su reconciliacion con Dios! ¿Las reconoceis vo-

sotros en vuestra conversion, señores? ¿Da vuestro interior pruebas de haber recibido al Espíritu Santo? ¿Oís en el fondo de vuestra alma los gemidos de esta paloma; esto es, los sollozos de vuestro arrepentimiento? ¿Habeis purificado el templo interior de vuestras almas por medio del sacrificio de un corazón contrito y humillado? ¿Habeis dicho al Señor con los sentimientos penitentes del Profeta, no me arrojéis de vuestra presencia, ni me priveis de vuestro Divino Espíritu? ¿Habeis repasado con amargura de corazón los años de vuestra vida? ¿Estais resueltos á abrazar los ejercicios de penitencia? Indispensable es, señores, que los que han contristado al Espíritu Santo, y violado el templo de Dios, como dice el Apóstol, sean rigurosamente castigados.

Si quereis pues restablecer el templo de Dios en vuestro interior, es necesario que á imitacion de los is-

raelitas cuando purificaban el templo de Jerusalén profanado por Antíoco, edifiqueis con una mano, y con la otra os defendais de vuestros enemigos; es decir, que debeis por una parte combatir contra los vicios, y por otra trabajar en el edificio de las virtudes; abandonar las sendas torcidas de la iniquidad, y seguir la recta de la justificacion; desnudaros del hombre viejo criminal, para vestiros de Jesucristo; abandonar el mundo corrompido, sus pompas, sus vanidades y la soberbia de la vida, para recibir la gracia del Espíritu Santo, que no solo descendió sobre su colegio, sino diariamente desciende sobre nosotros, con el designio de aumentar la santidad de los justos, y de obrar la conversion de los pecadores.

Venid ¡Espíritu consolador! venid sobre nosotros. Arrojad un rayo de vuestra luz inaccesible, que disipe las tinieblas de nuestro entendi-

miento. Enviadnos el fuego ardiente de vuestro amor y caridad, que derri-
ta nuestro corazon como una blan-
da cera. Hacednos arrojar profundos
gemidos, que nazcan de un verdadera
ro dolor de nuestras culpas, y lágrí-
mas abundantes que purifiquen nues-
tras manchas, á fin de que se renue-
ve hoy vuestra gloria en el templo
de nuestras almas. Amen. Dixit.

de las flechas de nuestro empuje
de vuestra luz inaccesible, que des-
pidió sobre nosotros. Arrojad un rayo
Venid! Espiritu consolador! ve-
dores.
Espiritu consolador y amor de
de opiar la conversion de los pecar-
y aumentar la sanidad de los justos.
de sobre nosotros, con el designio de
su colegio, al mundo de la gloria.
Santo, que no solo descendió sobre
para recibir la gracia del Espiritu
vanidades y la soberbia de la vida,
mundo como el mundo de los hombres
los de Jesuchristo; abandonad el
del hombre viejo criminal, para
lecto



SERMON IX.

De la Asuncion de Maria santisima.

Veni coronaberis. Cant. IV.

Que consuelo, Iglesia santa! que
dulce confianza no deben inspirarte
estas palabras dirigidas á la Madre
del casto amor en el momento de
su Asuncion al trono de su gloria!
momento feliz, destinado por Dios
para ensalzar las humillaciones de su
Madre, y coronar sus heróicas vir-
tudes. O muerte de Maria! que
preciosa fuistes á los ojos del Señor!
Ni tu cercania causó en ella temor,
ni dolor tu presencia. Tú enxugaste
sus lágrimas, anunciaste su triunfo,
colmaste sus deseos, haciéndola ele-